

ÉTICA A LA FUGA

Hace años, cuando algo se evaluaba; una acción, un gesto, un trabajo, se decía: 'Ha quedado decente'. Hoy, esa expresión está casi en desuso y se suele más bien exclamar: ¡Es espectacular!

No me gustaría aparecer como esas viejitas que andan fuera del mundo real y consideran que su mundo, el del pasado ya muerto, era mejor. Debo decir que nunca en mi vida había vivido tan bien como hoy. Mi casa es más confortable. Como cosas sanas y vigiladas por la Sanidad pública. La atención médica que recibo es adecuada y sabia. Manejo aparatos que me hacen la vida más fácil y, en general y a pesar de las normales contrariedades, dificultades, temores y riesgos que supone el simple hecho de estar vivo, puedo decir que las cosas van bien.

Tras afirmar todo esto, no quiero aparecer sólo como alguien que vive ajeno al mundo, pero en el otro sentido; qué me importa a mí que alguien lo pase mal, mientras yo esté a salvo. No soy tampoco de las personas que piensan que ante una catástrofe o una crisis nada puedo hacer personalmente. Muy al contrario, siempre pienso que de las dificultades se pueden sacar cosas buenas. Los riesgos y las circunstancias adversas sirven para aguzar el ingenio, para volverse creativo y sacar bondad de donde sólo aparece maldad. Creo que se puede poner orden, que los recursos del ser humano no están del todo explotados y que conviene ponerse en marcha. Cuanta más dificultad entrañe un asunto, más estimulante me resulta.

Sin embargo, en este tiempo que vivimos, tengo la impresión de que algo falla. Los griegos tenían una alta conciencia aristocrática que suponía no tanto que había unos seres libres y bien situados en la vida, frente a los esclavos y dependientes, sino que aquellos que gozaban de ese privilegio estaban obligados a mostrarse justos, equitativos, bondadosos y misericordiosos. Aquellos que ocupaban posiciones prominentes debían cumplir a rajatabla con sus deberes, no debían escatimar esfuerzos en hacer frente a sus responsabilidades. Debían convertirse en modelo de los demás, que eran inferiores. Es cierto que había discriminación en esta forma de pensamiento, pero su gran valor era ese de constituirse en algo modélico.

En el mundo semita, entre los árabes, por ejemplo, se daba, incluso antes de la aparición del Islam, un sentido de la vida muy semejante. Los jeques y aquellos que formaban parte de las clases dirigentes o de las tribus poderosas, no sólo debían ser magnánimos, sino que debían cargar con los problemas de sus inferiores, velando por resolverlos. Eran providentes, adelantándose a las necesidades de sus súbditos. Debían ir a la guerra por delante de sus tropas y tomar a su cargo a huérfanos y viudas. Podían, pues, ser violentos, pero trataban de ser ecuánimes. Además, igual que a los griegos, a esos jeques se les exigía que fueran personas de verbo fluido, que organizaran bien su discurso, que dijieran con tino y corrección aquello que debían comunicar.

En tiempos más cercanos, ser un caballero o una dama suponía tener un alto concepto de la corrección tanto en el hablar como en el actuar. Se suponía que las personas de alta alcurnia debían ser un modelo para sus inferiores, pero, al mismo tiempo, tenían una grave responsabilidad sobre aquellos a los que dominaban o sobre quienes les servían. Pero, los propios sirvientes o asalariados sentían una cierta fidelidad hacia sus patronos, se preocupaban, en la medida de sus fuerzas y posibilidades, en mantener alto el nombre de la casa o institución que les daba cobijo.

Este sistema aristocrático, en la edad contemporánea, ha sido sustituido por otro más justo como es el de la igualdad de derechos y deberes de todos los seres humanos, a los que no se puede diferenciar por su raza, su color o su genealogía.

Sin embargo, constatamos que vivimos en sociedades jerarquizadas. Por lo tanto, existen personas que ocupan puestos prominentes y otras que constituyen eso que se llama el 'común de los mortales'. De alguna manera y con ciertas diferencias significativas, los que ocupan altos cargos, poseen bienes en abundancia o tienen alguna presencia social continúan siendo modelos en los que se miran aquellos cuyas vidas son más grises.

Y aquí es donde empieza a fallar la cosa. Muchos miembros prominentes de la sociedad, es decir aquellos que ocupan un espacio señalado, no han llegado a él por méritos como la inteligencia, su capacidad innovadora o su buen decir. Han llegado allí por presentar conductas curiosas o irregulares. Pertenecen a élites que se basan en una ficción. Son efímeros; hoy están en boca de todos y mañana desaparecen sin dejar rastro. Muchos se parecen como una gota de agua a otros y es difícil diferenciar cuál es su originalidad o su mérito para estar donde están.

Otros, no obstante, han conseguido su alta posición por haber hecho carreras de alta exigencia y se han ganado el puesto a base de sacrificios y entrega, pero, estando en esos puestos elevados se olvidan de su carácter modélico. Hablan de cualquier manera, se comportan como chiquillos díscolos a los que el maestro ha de vigilar, utilizan sus puestos elevados para su propio beneficio que solamente es legítimo si sirve al bien común, etc. etc.

Podríamos poner rostro a muchos de estos personajes: Aquellos que se dedican a la política y que sólo piensan en los efectos electorales de sus acciones o en mantenerse en el control del aparato. Los que regentan instituciones solemnes y que se comportan como si fueran los dueños de la verdad y de las conciencias. Los artistas, antes grandes innovadores, repiten hasta la saciedad un mismo modelo cuyo contenido es banal o nulo, pero que vende gracias al marketing. Pensadores que no añaden nada al discernimiento y la reflexión y que ni siquiera son capaces de expresar sentimientos universales, pero venden porque se constituyen en clubes cerrados que ellos manejan y donde no puede entrar nadie. Señoritas y caballeros frívolos cuya única valía se mide en el número de sus divorcios y sucesivas uniones. Los que dirigen empresas y no se ocupan de sus propios trabajadores, sino que lo único que pretenden es conseguir beneficios cada vez más elevados y a menor coste. Así, no tienen empacho en plantear quiebras fraudulentas o en utilizar mano de obra explotada en lugares lejanos.

Todo este plantel de personajes y personajillos juegan al sálvese quien pueda. No tienen la más mínima conciencia colectiva. No se sienten miembros de la raza humana, sino en otro lugar superior y ajeno. Disponen de la verdad como si esta fuera abarcable. No tienen memoria del pasado y miran al futuro como si fuera infinito. No se plantean ser modélicos, sino crear modelos perecederos para venderlos en su propio lucro, o bien que sirvan para mantener su situación de privilegio.

En unos casos se trata de mantenerse en el poder, de poseer la fuerza, de controlar las conciencias o de controlar las vidas, que viene a ser lo mismo. En otros, se trata de imponer maneras y modales en un 'todo vale' que se consume en un día y debe ser reemplazado.

Nunca antes había yo escuchado a un gobernante hablar como un analfabeto. Nunca antes había yo encontrado a una dama que no supiera cómo comportarse y con qué aspecto debía presentarse a cualquier acto. Nunca antes había yo oído hablar a un académico como si se tratara de alguien sin instrucción. Nunca antes había yo visto a un hombre de fe comportarse de manera impía e inmisericorde.

Esta confusión de los espacios, los tiempos y las funciones lleva al desconcierto. El papel modélico de las clases dirigentes, sea lo que sea lo que dirijan, sigue siendo importante. No en vano apareció la burguesía porque quería imitar a las clases

aristocráticas. Pero estas tenían, con muchos defectos, algo que ofrecer. Tenían un cierto refinamiento en el vestir y en el hablar. Sabían estar en los momentos adecuados en la posición adecuada. Existían protocolos y buenas maneras, pero sobre todo, esto, que pudiera parecer un planteamiento meramente estético, contenía y se sostenía en un planteamiento ético.

Siempre ha habido gobernantes injustos, que robaban, pero al menos no se comportaban en el resto de las materias como rufianes, guardaban las formas e iban a la horca, cuando eran desenmascarados, con cierta dignidad.

Es decir, había decencia. Por eso, cuando alguien hacía algo bien hecho, aquello ‘había quedado decente’. Mientras que hoy, cualquier patochada resulta ‘espectacular’. No cabe duda de que la ética está a la fuga.

Y no hay que extrañarse de que proliferen las manifestaciones de toda índole en las que se reclaman cosas dispares sin que se establezca ningún tipo de rango entre ellas, mientras que se dejan de lado y sólo unos pocos hagan causa de cuestiones indignantes como la pobreza, la violencia o la manipulación.

La ética proporciona un código de valores que no es caprichoso y no depende del beneficio personal, sea este la paz personal, el medro o el bienestar y el confort, pero a la larga, produce más beneficios colectivos y, por ende, individuales.

Así que echo en falta una buena dosis de ética.